

Vosotros sabéis con que fervor yo me dedico a mis
rauciones. No soy un beato, ciertamente. Fuera de
la iglesia soy un hombre común, que gusta
beber y vivir. Eso sí nunca he acudido a un
prostituto. Me esquece solo pensar en esas
desgraciadas mucherzuelas que venden su cuerpo.
Por lo demás, del único pecado que jamás con-
fesi a sacerdote alguno, fui de impureza. Mis
amigos hacían burla de mi castidad y yo
sonreía cuando ~~habían~~, construían conmigo al-
gún diablo perverso. No sonreía ~~veramente~~, de
sus groserías, sino pensando en los méritos
que les iba para que, al llegar el día
del eterno juicio, oyera la voz divina dicen-
do: "Siéntate a mi diestra, porque has
sido puro."

Sin embargo, algo ha cambiado el mundo
de mi vida, cuando entro a una iglesia
ya no siento ~~el~~ ese misterioso angustioso
de sa semi penumbra, me ruborizo pensando
que en el mismo Templo del Señor,
puede yo haber hecho aquello.

-2-

Cuando lo recuerdo y pienso en el modo
que puede tener, siento flaquear mi fe y dudar
de la libertad de mi albedrío. Hay, como
por entonces, recuerdo todos los hechos, y
siento una angustiosa interrogante.

~~Cuando~~

el día que me apercibi de su presencia, fue
el Domingo de ^{Cyprino} ~~San~~. Cuando entré al Templo,
con mi termo azul, el que uso los Domingos, y mi
llisal, gastado por el frecuente uso, me santigué
piadosamente. Junto a mi mano, entre la saya
una saya. Me miró con perplejidad y desprecio.
Ciertamente, no era esa la manera de venir a
la casa de Dios. Su cuerpo estaba cubierto por
un vestido color ocre. ~~Tengo desmenuada la mitad~~
~~de sus brazos y el que se apeyaba al cuerpo, que~~
era provocador y sensual. Su antebrazo estaba
desnudo y su cabello que era de un color
tan claro extraño, estaba cubierto de un
tenu velo.

Como poder apreciar, me detuve en
contemplación, de tal modo me llamó
la atención, su poco decorosa manera de
vestir

lo que más atrajo mi atención fue su cobellera
cubierta por el tenue velo. Siempre he pensade
do que las mujeres debían llevar hasta la
iglesia con sombreros, y no con velos. El ^{cabellero} ~~velo~~
en la mujer es ~~recio y, cubierto por velos, ^{siem-}~~
~~pre me ha recordado cuando lo cubren con~~
un velo tenue, recuerdo a aquellos artistas
de variete' que, para realzar su desmen-
de, la cubren con tenues velos. Me cubren
con vaporesos jorros.

¶ Durante el transcurso de la misa,
rezi mis razones con goce de Dios, me evocó
me al oír el Evangelio y senti una completa
ecencia extranea cuando el sacerdote, des-
de lo alto del púlpito, leyó las palabras de N.S.
jesucristo, "Bienaventurados los que no vieron
y oyeron." Sin duda, esa bienaventuranza
me afectaba directamente, yo era de los
que no lo había visto y oído en El, más
~~como la consecuencia lógica con la actitud~~
del que vive en el bien, la felicidad.

Salí del templo y nuevamente me ocupé
a mi vista su figura y observé su conmutar

era mutuamente inusual, sus cadenas se le
lanzaban rítmicamente y su talle fino esbelto,
lo parecía audazmente feroz. Lo la conti-
nué observando. En segundos que había de-
tado sus ~~ojos~~ en él, alguna vez parecían
un tremendo pecado.

Transcurrió la semana. Varios veces en las
noches, me sorprendí pensando en esa mujer.
¡Qué extraño! Los recuerdos de ella, ningún
rasgo de su rostro; solo sabía que sus cabellos
eran de un color castaño claro que no sa-
bía nombrar, tal vez el nombre sea "rosari"
que su andar era pavorosamente sensual y que
~~me había consentido~~ con vergonzoso delite le
recuerdo aún, sus senos eran enormes y her-
mosos.

Aquel domingo, cuando fui a misa con
de ostentación, mi torso aquí lucía más limpio
y más planchado. En días había tratado tran-
quilizar mi conciencia, asegurándome que
mi torso necesitaba aquel planchado, ya
sabía que lo había hecho por él, solo
por ella.

Des veg en missa eu pude ver, só sabia mira-
lo., contemplar sus brazos que formis podie descri-
bir, la tuerca linea de sus puntadas, la
doble curvatura de sus brazos. Por sobre,
quanto resisti la tentacion, con que ~~tra~~
intensidad trate concentrarme en mi
viejo missal. Eu. ental, completamente
dutil, tenia metido en mis pupilas, sus
cabellos, su cuerpo.

Ya ~~finalizado~~ la ~~missa~~ en mi
casa, me puse a meditar. ¿Que tenia en
quella mujer que asi me transpiraba?
La pregunta me perseguia y me torturaba.
Pense que estaba enarabado y aquellos
me tranquilizi momentaneamente. El
verdadero aun no podia marchar contra la
Religion. El aun puro era preciso que exista,
pense, pero, al pasar por mi mente la palabra
"puro" recordi sus pechos, su cuerpo, su cuerpo.

Aquella semana, olvide todas mis
ocupaciones y mis pensamientos holi-
tulos.

Comprendia por primera vez la trascen-
to-entor! la amarga ternura de
la carne que subyuga al alma. ¡Cuán-
tos veces en mis vigilias recordé lo visto
de P. Antoin Fayolle

«Que misterio...

...si un reflejo del cielo?»

Y pensaba en aquellos, y en mis ~~pas~~ reflexiones
sobre la purga en los que antes me
sumia, y me parecía que todo aque-
llo era demasiado bueno.

Llegó el Domingo, entré en la Casa de
Dios, ~~con los ojos~~ con los ojos bien cerrados
por la leyenda. Esa vez, por primera vez que
recuerdo, no me persiguió con agua bendi-
ta al entrar.

Ella ya había llegado. Estaba como
nunca hermosa. En la difusa oscuridad
del templo, contrastaba su belleza exóti-
ca con la dulce ~~mística~~ expresión

mística de los santos. Esa misa lo olvidé.
Todos, yo, no resistí como antes y me entre-
gué de nuevo a contemplar en misojinas
la desnudez; Dios, me perdame todos mis pec-
dos! en ambicionarla. Lo oí al sacerdote
en la púlpita. Estaba ausente a todo, menos
a su belleza esculpida, ~~belleza~~ De pronto vi
que se levantaba y tomando el sopri-
to de la limosna, avanzaba
pausadamente por entre los fieles.
Todos le daban su limosna
y continuaban sus ojos, parecía que
ellos no vieran, como yo, todo el em-
puje de su cuerpo, del rítmico temblor
de sus senos, del diligente temer de
sus muslos en el estampado de
su traje. ¡Qué goce más refinado
sentía observándola! De pronto, Oh,
Dios, como lo permitiste! sentí
incontenibles deseos de besar
con mi mano los recietos de
su cuerpo.

ella se acercaba, busqué en mis bolsillos unas
monedas tratando de distraer mis pen-
samientos. Finito. Sentí en ese momento
la fiebre del loco. Su cuerpo
me tanto provocado, se acercaba, más
y más y más, y ya estaba al alcan-
ce de mis manos. Los ropajes
misos esa tortura. Ponca en un
llido de ojos y levantando su vesti-
do, hincó sus dedos en sus mis-
los blancos y apretó con fuerza, con
sed, con el canto.

Miré a mi alrededor y vi piernas de mujeres
y hombres que me rodeaban. Comprendí
que giraba en el suelo en el patio que
hay todo de la iglesia. Comentaron

- Es un endemoniado
- Se volvió loco.
- ¡Tóme un clavo!

~~Yo busqué con los misos. Estaba
fuera de mí, rodeado de mujeres. La
miré fijamente mientras con la vieja sonrisa
estupidamente y con un alfiler cogía una~~

ha besque ansiosamente con la mirada. Estaba cerca
de los amplios puentes del templo. ha rodeado las
ruinas y ella, sin comprender nada, siempre estúpida
mente.